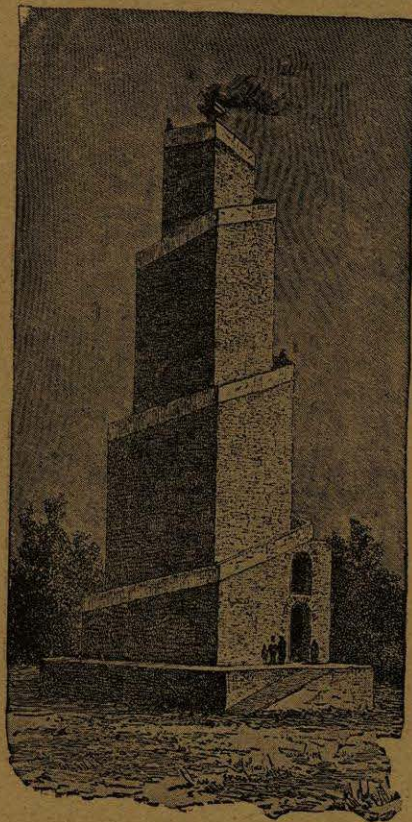


to sobre Mardukushezib y Merodachbaladán. Ambos cómplices, derrotados y perseguidos hasta los pantanos de la Baja Caldea, se refu-



Una torre caldea con el fuego dedicado á los dioses. (Reconstrucción).

giaron en Elam, donde falleció el primero al poco tiempo. Sennaquerib, de regreso en Babilonia, nombró rey de ella á su hijo mayor Asurnadiushumu. Pero no podía contarse en paz segura mientras los vencidos se encontraran libres en la frontera, por lo cual resolvió pasar el mar y castigar de tal suerte á los arameos, que no intentaron volver á levantarse contra él. Impidieronle hacerlo en seguida ciertos disturbios que estallaron al NO. y que le obligaron á combatir á las tribus del monte Nipur. Vencidas las tribus, destruidas sus habitaciones, emprendió una expedición contra los dahae y contra los pueblos saqueadores de la Cilicia Tráquea y la Militena. En las alturas inaccesibles aguardábale el rey Maniya, hijo de Buti, que fué derrotado. Tomó Sennaquerib la ciudad de Ukku y otras 33 del territorio, cuyos tesoros y rebaños pasaron á ser propiedad del vencedor.

La derrota de Merodachbaladán había tenido eco en Elam. Inquietos los nobles por la

flojedad demostrada entonces por Shutrukuakhunta, lo encarcelaron, poniendo en lugar suyo á su hermano Khalludush. Sennaquerib, seguro entonces de una intervención elamita, quiso acabar con los dos príncipes caldeos antes que se uniera Khalludush con ellos. Se creían éstos muy seguros en los pantanos de Nagitu, detrás del mar, y Sennaquerib empleó todo un año en preparar una escuadra que pudiera llevar de improviso á su ejército á un punto de la costa de Susa. Como no tenía bastante con los marineros caldeos, los buscó fenicios y griegos. Constructores de Tiro y de Sidón fueron llevados á través de la Mesopotamia á orillas del Tigris, y construyeron para el monarca asirio barcos semejantes á los fenicios que bajaron el río hasta la desembocadura, y admiraron á los ribereños del Golfo Pérsico con la contemplación de un espectáculo desconocido hasta entonces en aquellas aguas. Merodachbaladán y la gente de Bit-Iakin estaban prevenidos para un ataque por tierra, y habían colocado á sus soldados á lo largo del Eufrates, pero la invasión marítima los cogió desapercibidos. Sennaquerib hizo muchísimos prisioneros, destruyó no pocas ciudades asirias y regresó á Nínive con su botín, pero Kalludush, exasperado con esta violación de su territorio, invadió á Caldea provocando una rebelión. Asurnadinshumu, fué depuesto por sus súbditos, y enviado á Susa, y su trono lo ocupó un tal Nergalushezib que en seguida emprendió campa-



Toro alado de una puerta de Khorsabad.

ña contra los asirios. Al principio obtuvo alguna victoria, pero en 693 fué hecho prisionero cerca de Nipur. Substituido por Mushesib-

marduk, se defendió éste tan valientemente, con auxilio de los elamitas, que Sennaquerib tuvo que renunciar á vencerlo en aquellos momentos y le dejó en paz. El último resultado del golpe de mano de Nagitu fué para Asiria la pérdida momentánea de Babilonia, pero las revoluciones de Elam le dieron pronta ocasión de tomar brillante desquite. La derrota de Nergalushezib había provocado general descontento en Susa y Kuturnakhunta lo aprovechó para destronar á Khalludush, como éste había destronado á Shutrukuakhunta. En cuanto Sennaquerib lo supo, atravesó la frontera cerca de Durilu. Tomó 34 ciudades grandes y otras pequeñas, y las redujo á cenizas. La noticia de tales desastres desconcertó á Kuturnakhunta, que evacuó á Madaktu, donde se sentía en peligro y retrocedió con todas sus milicias hacia la ciudad de Khaidali, por los distritos poco conocidos cercanos á Media, para preparar una resistencia desesperada resguardado tras sus montañas. Cuando Sennaquerib le iba á atacar en sus trincheras, estallaron tempestades violentas, y empezó á llover y á nevar sin descanso, desbordándose los torrentes de la montaña, y entonces Sennaquerib renunció á su empresa. A los tres meses murió Kuturnakhunta y le sucedió su hermano Usumanmianu.

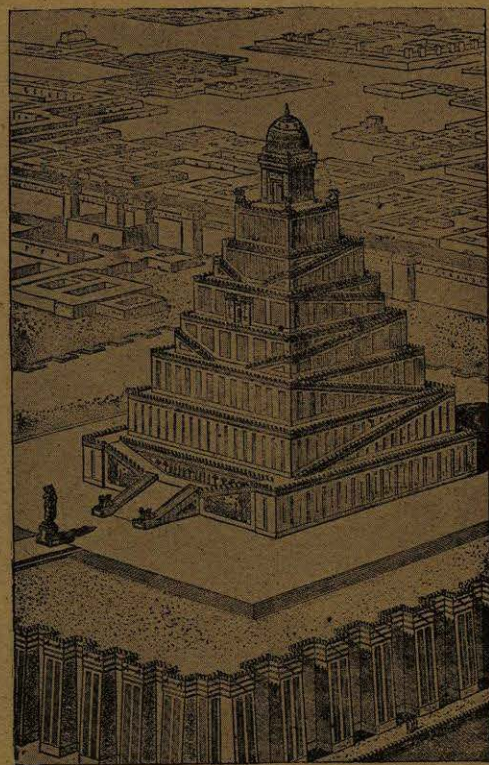
Este se vió cogido, como todos sus antecesores, en el engranaje de los asuntos caldeos. Mushesibmarduk le envió los tesoros de los templos babilonios para tenerlo de su parte



León del templo de Nimrod. (Museo Británico.)

en días de peligros. El de Susa llamó á todos sus feudatarios. Las tribus de Parsuas, Anzan, Ellibi y el Bajo Eufrates se le unieron, juntán-

dose en Babilonia con las tropas arameas de Mushesibmarduk. La batalla se trabó cerca de Khaluli, junto al Tigris, no lejos de su con-



Templo de Belo en Babilonia. (Restauración.)

fluencia con el Turnat. Khumbandach, general de los elamitas, cayó al primer choque, y su caída sembró el espanto en las filas de los aliados. Nabuzikiriskhún, hijo de Meradachbaladán, fué hecho prisionero. Usumanmianu y Mushesibmarduk huyeron sanos y salvos, pero casi toda la aristocracia caldea pereció en el combate. Parece que los asirios ganaron la victoria, pero tan terrible fué la pelea, y tan grandes las pérdidas por ambas partes, que de común acuerdo se suspendió la campaña. Cada rey volvió á su capital, y las cosas quedaron poco más ó menos como estaban antes de la batalla. Sennaquerib volvió á la carga el año siguiente, y la fortuna le favoreció. Usumanmianu quedó parálítico, y su incapacidad para el gobierno desorganizó las fuerzas susianas. Mushesibmarduk, reducido á sus solas fuerzas, no se atrevió á desafiar á los asirios en campo raso. Sitiado en Babilonia, se rindió después de corta resistencia, y Sennaquerib tuvo por fin á merced suya á la ciudad que le desafiaba de tiempo atrás. Sus an-

tecesores la habían tratado siempre con dulzura, pero él, exasperado por sus rebeliones perpetuas, dispuso que fuese destruída. Templos, muros, baluartes, capillas y pirámides, todo fué derribado, y sus restos fueron á parar al canal grande. Las estatuas de los dioses Adad y Shala, y el sello de Salmanasar I, recuerdos de antiguas derrotas de los asirios, fueron llevados á Nínive y devueltos solemnemente al templo de Asur. Durante ocho años, permaneció Babilonia sin rey y casi sin



Tributo de los países sometidos á los asirios. (Obelisco negro del Museo Británico.)

habitantes, bajo el gobierno de Asurhaddon, hijo del vencedor. Su ruina, terminó triunfalmente la carrera militar de Sennaquerib. Por lo menos, no conocemos más que dos expediciones insignificantes de sus últimos años: una contra los árabes, acabada con la sumisión de su rey Khazael y otra en Cilicia, contra los griegos, derrotados por mar y tierra.

Parece imposible que entre tanta guerra tuviera tiempo Sennaquerib de pensar en la administración de su imperio y en la construcción de templos y palacios, y sin embargo, es el rey de Asiria que más monumentos dejó. Nínive fué la ciudad más embellecida. Abandonada por Sargón y perdida su categoría de capital, se había despoblado rápidamente: sus murallas

estaban llenas de brechas, sus acueductos se habían roto, el Tigris la amenazaba con sus inundaciones. El palacio no era más que una ruina. Sennaquerib devolvió á estos edificios moribundos su antiguo esplendor, limpió los acueductos atascados, hizo otros nuevos, consolidó los muelles del Tigris, rectificó el recinto y restauró los monumentos, reconstruyendo las calles antiguas, ensanchando las angostas y haciendo de la población «una ciudad espléndida como un sol». El serrallo viejo fué derribado: en su lugar se erigió una vasta colina artificial y en ella se construyó un palacio de alabastro y de cedro. Suponía el constructor que aquella obra sería eterna, pero á los ochenta años estaba ya destruída.

Trágicamente acabó aquel reinado. Un día que Sennaquerib estaba orando en el templo de Nisroch, su dios, sus hijos Adramelech y Sharezer lo mataron á estocadas. No les aprovechó su crimen. Sharezer se ciñó en seguida la diadema y fué reconocido por la mitad del ejército y por las provincias del Norte, pero su hermano mayor, Ashshurakheiddin (Asarhaddon) nacido de una babilonia, fué aclamado por las tropas de Armenia que mandaba, y lo derrotó más allá del Eufrates, en Khanigalbat. Según unos, Sharezer pereció en el combate, y según otros, se escapó con su hermano y se refugió en Armenia. Su rebelión habría podido tener otro resultado, si las provincias babilonias le hubieran defendido contra su hermano. Pero Asarhaddon era hijo de una babilonia y siempre había tratado á sus semicompatriotas con benevolencia cuando era príncipe heredero. La Mesopotamia no se movió, y su fidelidad facilitó la represión. Consolidado su trono, quiso Asarhaddon recompensar á Babilonia, y se propuso su reconstrucción, no sin recapacitar mucho antes, pues Sennaquerib, al destruir la ciudad, había llevado á cabo un acto de sana política, suprimiendo la rival que equilibraba la autoridad de Asiria y le impedía dominar toda la cuenca del Eufrates y el Tigris. Pero creyó Asarhaddon que la lección dada por su padre produciría el fruto deseado, y en efecto, Babilonia parecía conside-

rar el desastre que había sufrido, como un castigo del dios Marduk por sus insurrecciones perpetuas contra sus dueños asirios. El dios había desencadenado contra ella los poderes maléficos, y durante diez años la soledad había reinado en el sitio maldito. Al undécimo año, la ira de los dioses se apaciguó. Asarhaddon suplicó á los dioses Shamash, Adad y Marduk que le revelaran su voluntad respecto á la ciudad, y los adivinos consultados le respondieron que podía reconstruir las casas y levantar el templo de Esagilla.

Reunió, pues, á todos los prisioneros de guerra que tenía á su disposición y los dedicó á la preparación de ladrillos. Abrió en seguida los cimientos, en los cuales derramó libaciones de aceite, miel y vino, y luego fabricó personalmente el primer ladrillo con herramientas de ébano, ciprés y encina. La obra era colosal y exigió varios años (de 680 á 676) de un trabajo incesante para acabarse. Asarhaddon no escaseó para ello oro, plata, piedras ni esmaltes. Reedificó palacios, templos y muros, limpió el cauce de los canales, repobló los bosques sagrados y los jardines del harem. Los habitantes fueron repatriados á expensas del Tesoro desde las provincias remotas á las cuales habían sido desterrados, y se les devolvieron sus propiedades. El renacimiento de la ciudad despertó inquietudes y envidias en sus vecinos. El año 680 se rebelaron los caldeos, mandados por Nabusirukinishlishir, pero éste, arrojado de sus posiciones por el prefecto de Uru, se escapó en Elam, donde Khumbankhaldash II había sucedido á Khumbankhaldash I algunas semanas antes de la muerte de Sennaquerib. El elamita, en vez de acogerlo bien, lo mandó degollar, para evitarse conflictos con Asiria (679).

Esta refriega, aunque acabó pronto, no dejó de tener consecuencias funestas. Era la primera vez, desde el tiempo de Tiglatfalasar, que los disturbios casi inevitables que acompañan á un cambio de dinastía daban lugar á una guerra abierta. El gran ejército de Sargón y de Sennaquerib se había disuelto, y sus dos fracciones, mandadas por generales expertos, habían sufrido más chocando una sola vez, que

durante toda una campaña contra sus enemigos ordinarios. Y esto ocurría después de una serie de esfuerzos que habían extenuado á la población, cuando enemigos nuevos surgían por doquiera y amenazaban al imperio al Norte y al Este. Muy al Norte, más allá de los ríos de Armenia y de los picos del Cáucaso, vivían los quinirris, tribus salvajes, á los cuales llamaban cimierenses los griegos. Las leyendas que acerca de ellos circulaban los representaban como relegados al confín del Universo. Anima-



Tributo de los países sometidos á los asirios. (Obelisco negro del Museo Británico.)

les fabulosos, grifos de cuerpo de león, cuello y orejas de zorro, alas y pies de águila, vagaban alrededor de sus campamentos, y á veces los atacaban. Ellos se defendían á hachazos, y no solían salir incólumes de tales combates. Los pocos mercaderes que trataban con ellos tenían nociones menos fantásticas del terreno que habitaban. Cuando empezaban ya á entablar relaciones con el mundo mediterráneo, circunstancias imprevistas los obligaron á emigrar. Los escitas, expulsados de las llanuras del Laxartes por una invasión de masagitas, se precipitaron en dirección al Ureg y al Dan y tal era el terror que inspiraban, que los cimierenses prefirieron expatriarse á aguardar su empuje. Una tradición, vulgar en Asia tres si-

glos después, refería que sus reyes les suplicaron que hicieran frente á los agresores; pero



Cilindro sello de Ur. (3000 años antes de J. C.)

como el pueblo se negó á escucharlos, ellos y sus fieles se mataron unos á otros. Algunas tribus se refugiaron en el Quersoneo Táurico: la mayor parte pasó á los pantanos Meótides y se dirigió hacia el Sur, á lo largo de la costa, perseguida por las hordas escitas. Aquella masa heterogénea, al caer en la cuenca del Ciro, tropezó con el Urarti, y luego se dirigió al SE. contra el Manai. Rechazada por los generales de Sargón en 720, se fué á otras comarcas menos protegidas. Los escitas se fijaron en la cuenca oriental del Araxes formando una especie de comunidad de bandidos, que



Transporte de maderas para el palacio de Sargón. Un dios pescado (Ea) escolta la flota.



Cilindro sello babilónico.

el alto Eufrates, y en las cuencas del Halys y el Thermodonte, con gran daño para los soberanos del Urartu. De allí se extendieron por

el Asia Menor y se apoderaron de Sinope, donde habían fundado recientemente los griegos una colonia, y luego se lanzaron sobre la Virgia, donde encontraron grupos que habían franqueado el Bósforo de Tracia en 710. Ambos pueblos se unieron y fundieron durante los primeros años del siglo VII, y al principio no atacaron á Frigia, sino que ocuparon la costa desde la desembocadura del Rhyndakos hasta la del Halys, y constituyeron una confederación cuyas ciudades principales eran Heraclea y Sinope. Parece que Shasezer contaba con su apoyo para luchar contra su hermano. El caso es que se aprovecharon de los disturbios que ocasionó el crimen de éste para tantear á los asirios. Su rey Tinspha expulsó á las guarniciones de Capadocia, y

agrupó alrededor de sí á las gentes indisciplinadas de la llanura cilicia. Asarhaddon le detuvo en el Saros, le derrotó cerca de Khubushna y lo expulsó más allá del Halys. Mientras sus generales acababan de restablecer el orden por aquella parte, se ocupaba él en reprimir las rebeliones que el rumor de la invasión cimierense había hecho surgir en toda Siria. Venció sucesivamente á la gente de Varualti entre el Eufrates y el Balikh y luego á Cilicia y á Fenicia. Atdimilkot, rey de Sidón, se había concertado con un tal Sanduarsí que poseía las dos fortalezas de Kundu y de Sizu en Cilicia; pero ambos fueron cogidos, y entregada Sidón al furor de la soldadesca. Los

demás príncipes de Siria, convocados apresuradamente, asistieron al castigo de la ciudad rebelde, y después de haber prestado pleito



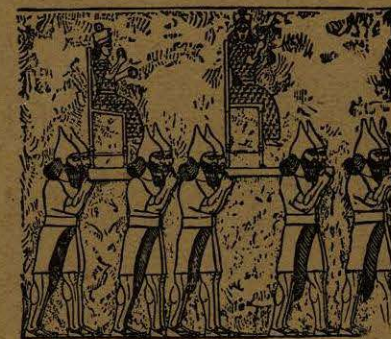
Sargón de Asiria ante el árbol sagrado.

homenaje al soberano regresaron á sus Estados, convencidos de que Asiria ningún vigor había perdido.

La desventura de los cimierenses no sirvió de lección á los escitas. En 678, su rey Ishpakai se alió con los manai y probó fortuna con ellos. Fué vencido al Norte del lago de Urniyeh, pero el fracaso no fué bastante para acabar con las intrigas escitas, y otro jefe de hordas llamado Kahstariti, trató de reunir á los medios, los martienses, los manás y los cimierenses contra Asiria. El matrimonio de una hija de Asarhaddon con el tercer reyezuelo escita llamado Bartatua rompió el pacto, pero hubo que ejercer activa vigilancia para contrapesar las maniobras de Kahstariti y dos veces lo menos tuvo Asarhaddon que ir á sofocar en la Media rebeliones provocadas por aquél. Sidirparna y Esparna, jefes del país de Paturhaasra, fueron cautivados. Las comarcas medas disfrutaron calma profunda hasta fines del reinado.

La restauración de Babilonia había producido alguna complicación. La misma envidia que había armado á los caldeos tres años antes, sublevó á la gente del Bit-Dak-Kuri el año 676. Cuando hubo que restituir á los babilonios que volvían del destierro las tierras confiscadas,

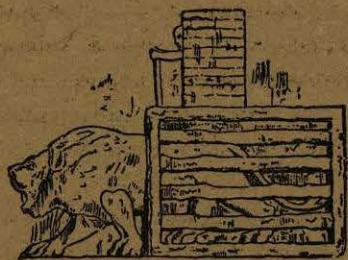
aquella gente se negó á ello con energía. Para triunfar de su mala voluntad, Asarhaddon tuvo que destronar á su rey Shamachibui, nombrando en lugar suyo á Nabushallim, hijo de Belesys. Quizá los arameos del desierto y las tribus árabes que vagaban entre Siria y el Eufrates se había comprometido con el príncipe de Bit-Dak-Kuri ó se aprovechaban de las guerras del Norte para hacer en el territorio babilonio incursiones más violentas que de costumbre. Ya á fines de su reinado, Sennaquerib, para castigar á uno de los jeques de Kedar, le había quitado las estatuas de Atar Samain y otros dioses de la tribu. Tanto afligió á los árabes la pérdida de sus ídolos, que á principios del reinado de Asarhaddon, el jeque castigado fué á Ninive para pedir humildemente que se le restituyeran. El asirio se lo otorgó, pero les hizo pagar cara la concesión, pues les impuso por reina á Tabuya, que se había criado en el palacio de Ninive y que era muy fiel á la política asiria. El tributo que antes se pagaba á Sennaquerib se aumentó en sesenta y cinco camellos, que representaban el rescate de los ídolos. Pronto se presentó otra ocasión de agravar más las cargas que pesaban sobre los habitantes del desierto. Murió el jeque Khazael, y un jefecillo llamado Wahab intrigó para sucederle. Pero Asarhaddon lo encarceló y nombró á Yatailu, hijo de Khayad, y para reintegrarse de los gastos de esta operación, obligó á su protegido á entregar cada año al Tesoro diez minas de oro, 1.000 carbunclos y 50 camellos de los mejores. Confirmada así su supremacía sobre la porción de Arabia que separaba á Babilonia de Damasco, en 675, se adelantó



Conducción de dioses cautivos.

más hacia el Sur, pero los arenales le impidieron seguir. Se contentó con la anexión del país de Bazu y el de Khazu, en el cual mató á ocho

reyes. La sumisión de estas tribus evitaba los destrozos que hacían en Caldea y abría á las caravanas el camino más directo entre Babilonia y Damasco. Completó Asarhaddon con fortuna la obra de pacificación emprendida en las fronteras. Había vencido á los cimerienses y á los escitas, sofocando los disturbios de Babilonia, conservó buenas relaciones con Elam y pacificó á Arabia. Luego de esto consagró toda su atención á Egipto, cuyas intrigas de tiempo atrás le alarmaban.



Un león en el palacio de Asurnazaribabal puesto en libertad para cazarlo.

Los asirios en Egipto. Taharcu (692-666). Conquista de Egipto por Asarhaddon (670) Asurbanabal (667-625 ?); conquista de Elam.

Desde el desastre de Altaku y la catástrofe de Sennaquerib, Shabiaku había estado siempre á la defensiva. Se encerraba en las fronteras de Egipto y luchaba enérgicamente para dominar á los príncipes del Delta, pero sus esfuerzos no habían evitado la catástrofe. El príncipe que entonces reinaba en Gebel Barkal le atacó, le venció y le mató. Los barones transfirieron su pleito homenaje al vencedor, y Stifircates, que era el más poderoso y mandaba en Sais y en Memfis, reconoció como señor al etíope. Taharcu llamó á su madre que estaba en Napata, dándole el título de gran regente; señora de ambos países, dueña de todas las naciones. Debía de descender de los primeros profetas de Amón, y había transmitido á su hijo sus derechos á la corona, de modo que al darle epítetos tan pomposos, legitimaba él su propia usurpación. La



Asurnazaribabal matando á un león. (Relieve del palacio real.)

antigüedad clásica admitió sus títulos á la gloria del conquistador, y una tradición corriente en la época greco-romana aseguraba que había recorrido toda Africa desde el Mar Rojo hasta las columnas de Hércules. No tenemos realmente ninguna indicación respecto á la política que siguió con Judea, pero podemos asegurar que ocasionó recelos en Asiria, porque Asarhaddon resolvió acabar de una vez con Egipto en cuanto se vió libre de otras preocupaciones. En medio siglo que llevaban ambas potencias chocando á veces y observándose constantemente, los asirios habían llegado á comprobar que el Faraón no podría resistirles. Los ejércitos de Egipto y hasta los de Etiopía, por valientes que fuesen, tenían armamento y táctica harto atrasados para poder luchar con las tropas ninivitas, agueridas al contacto de las naciones más vigorosas de Asia, como elamitas, gente del Urartu, medos, cimerienses y escitas. Su principal defensa era la región casi sin agua que separa del Delta á Filistia y á Judea. Si se lograba llevar un ejército numeroso más allá de aquel desierto inhospitalario, sería Memfis presa tan fácil como Babilonia. Asarhaddon se preparó metódicamente á la lucha. En 675, había pacificado el Milukhka, ganando á los nómadas del desierto idumeo, de modo que no le molestaran al atravesar sus soledades, pero le había detenido una diversión verificada por los elamitas. Khumban-Khaldash II había franqueado el Tigris, asolando la llanura hasta Borsippa, sin que pudieran evitarlo las guarniciones. Por fortuna murió de repente algunos días después de regresar á Susa, y su hermano Urtaki tuvo que hacer bastante para consolidar su trono, sin meterse á renovar las hostilida-

des (674). Asarhaddon volvió á pensar en Egipto, pero el primer ataque fracasó, y Taharcu concibió un orgullo inmenso por haber salido bien de esta prueba. Como muchas de las comarcas en que dominaba su enemigo, habían pertenecido en otros tiempos á sus antepasados tebanos, adornó la base de su estatua con una lista de naciones y ciudades copiada de los monumentos de Ramsés II, pura fanfarronería, pues jamás puso el pie en Asia. Su victoria le proporcionó aliados entre aquellos pequeños Estados sirios que alimentaban la esperanza de recobrar su independendencia. Tiro no había reconocido la autoridad de Asiria desde los días de Eulaleos, pero no conservaba más que su isla. Su rey Baalu creyó oportuna la ocasión para recobrar la parte del continente que antes había perdido, y firmó una alianza con Taharcu. Los gobernadores asirios de Fenicia proclamaron en seguida el bloqueo y construyeron en la costa una serie de reductos que impedían el acceso á los tirios (672), pero Arsa-



Un rey babilónico antiguo.



Estinje de Ninive.

haddon no les ayudó tan pronto como esperaban, porque una rebelión en el Alto Tigris le tuvo ocupado todo el año 672, y pasó el 671 en observar los movimientos de los pueblos de la frontera septentrional. En 670 dejó á Nínive al principiar el mes de Nizau; inspeccionó al paso el cuerpo de ejército que se oponía á Baalu y luego llegó á Aphek en el territorio de la antigua tribu de Simeón, recorriendo el Milukukha para proteger la retaguardia. Después de una incursión de seis semanas por parajes sin agua, infestado según él dijo de «monstruos extraños y serpientes de dos cabezas» se replegó sobre Rafia, y siguiendo

do la costa, alcanzó la frontera de Egipto. El 3 de Tamuz derrotó á la vanguardia etíope cerca del



Arsahaddon cazando leones. (Museo Británico.)

pueblo de Shkhupri. Taharcu, que acudió con el grueso de sus fuerzas, dió y perdió dos batallas sangrientas el 16 y 18 de Tamuz. Memfis abrió sus puertas el 22, después de algunas horas de asalto, y fué saqueada. Los etíopes diezmados se escaparon hacia Tebas. Tan rápido había sido el asalto, que Taharcu no tuvo tiempo de retirar su corte. La reina, las concubinas, el príncipe heredero Ushanahoru, otros varios hijos del rey, parte de la familia de Sabacón y de la de Shabitku cayeron en poder de los asirios. La victoria había costado tan cara, y los etíopes, aunque en retirada, parecían tan temibles, que Asarhaddon renunció á perseguirlos. Hizo buena acogida á los príncipes cuando fueron á prestarle pleito homenaje, y los confirmó en la posesión de cada dominio, pero poniendo á su lado residentes asirios que los vigilaran, y



Arsahaddon y su esposa sentados á la mesa. (Relieve del palacio real)

convirtió los nombres egipcios de sus ciudades en nombres semíticos. Athribú, por ejemplo,

se llamó oficialmente Limirpateshiassur. Les impuso un tributo anual de seis talentos de oro y 600 de plata, además de telas de lino y tejidos preciosos, vino, pieles, caballos, corderos y asnos y luego volvió á Asia al frente de un convoy enorme de botín y de prisioneros. Su regreso fué un continuo triunfo, y exhibió por todas las vías y ciudades sirias los grupos de egipcios y etíopes prisioneros sobre cuya valentía habían fundado príncipes y pueblos tan vanas esperanzas durante varios años. Llamóse desde entonces «rey de Egipto, rey de los reyes de Egipto, rey de Said y de Kurh», en su orgullo de haber dominado á los príncipes del Delta y se hizo representar en una estela de piedra teniendo arrodillado á sus pies á Taharen y su aliado Baahi. Verdaderamente era Egipto el único de los antiguos Estados orientales que había desafiado hasta entonces los ataques de Asiria. Los elamitas habían sufrido derrotas desastrosas y habían perdido varias provincias; los del Urtu habían sido acorralados en sus montañas; Babilonia había sido destruida; Khatís, Fenicia, Damasco é Israel habían ido cayendo sucesivamente. Egipto, que los había alentado en sus resistencias inútiles, nunca había visto castigadas sus intrigas, y al arriesgarse en los campos de batalla de Palestina, no había salido mal de la aventura. Después de volver en retirada á la orilla del Nilo, nadie había osado perseguirle hasta allí, y amigos y enemigos tenían muy arraigada la idea de que el desierto le protegía eficazmente contra todos los ataques. Los sucesos demostraron que no era más invulnerable que los demás rei-



Mujeres atadas de Babilonia ante el árbol sagrado. (Museo Británico.)

nos del mundo, y que un ataque atrevido podría vencer todos los obstáculos colocados por

la Naturaleza en el camino del invasor. Pero más difícil era conservar Egipto que conquistarlo.

Asarhaddon resulta una de las figuras más ori-



El árbol sagrado de los asirios.

ginales y atractivas de la historia de Asiria. Activo y resuelto lo era tanto como Asurnazirabal ó Tiglatfalasar, pero no unía á estas cualidades ni la dureza de aquellos con los súbditos ni la ferocidad con los vencidos. Aprovechaba las ocasiones de ser clemente, con tanto esmero como sus antecesores las de aparecer inexorables. Los relatos de sus guerras no hablan á cada paso de cautivos desollados, de reyes empalados, de poblaciones pasadas á cuchillo. Se dedicó principalmente á reparar las ruinas de que habían cubierto el suelo su padre y su abuelo. Re edificó á Babilonia, y además de tan enorme trabajo, consagró en Asur y en Accad treinta y seis santuarios y se mandó construir su magnífico palacio en Nínive.

Parece que el afecto que el rey demostraba siempre á Babilonia inspiró alarmas á sus cortesanos. Los oficiales asirios temieron que eligiera sucesor á Shamashshumukin, hijo de una de sus mujeres babilonias, y maquinaron en favor de otro hijo suyo, cuya madre era ninivita, llamado Asurbanabal. Descubierta la conspiración, costó la vida á algunos, pero hizo reflexionar al soberano. Convencido de que era imposible sostener á Nínive y á Babilonia mucho tiempo bajo el dominio de un solo rey, dividió su imperio, para dar Asiria á Asurbanabal y Babilonia á Shamashshumukin, bajo la soberanía de su hermano. La mejor manera de asegurar la ejecución de su voluntad era hacerlo

por sí mismo y las rebeliones que súbitamente estallaron allende el istmo, le proporcionaron ocasión para ello.

No todos los veinte principados pequeños



Honderos asirios. (Bajo relieve de Koyundjik.)

en que se había desmembrado Egipto habían aceptado el dominio asirio en 670. El gran feudo teocrático de Tebas había quedado sujeto virtualmente á la autoridad de Etiopía, y las baronías del Egipto Medio, como Thinis, Sint, Hermópolis y Heracliópolis, no tocadas por la invasión, habían admitido muy superficialmente la soberanía del nuevo amo. Únicamente los señores del Delta que vivían en contacto perpetuo con las guarniciones extranjeras, podían considerarse obedientes en realidad á Asiria, pero su espíritu inquieto y turbulento hacía muy dudosa su fidelidad. Dos familias se disputaban entre ellos la hegemonía: una en Oriente, representada por Pakruru, jefe del nomo arábigo; otra en Occidente, que descendía de Boccoris en línea recta. Stefinates, príncipe de Sais y Memfis, había muerto sobre 680, y su hijo Nerhepso, que le había sucedido, no había tenido ocasión de distinguirse. Era un buen adivino y excelente astrónomo, según la tradición, pero fué humilde vasallo de los etíopes toda su vida. Nechao I, que le substituyó, estaba en el poder hacía tres ó cuatro años, cuando la llegada de los asirios lo libertó de Etiopía. Los documentos contemporáneos lo presentan como activo, movedido, dispuesto á todo para alcanzar el objeto que perseguía la ambición de sus antepasados ó sea la restauración de la monarquía egipcia bajo los auspicios de su casa. Como la extensión de sus dominios y sobre todo la posesión de Memfis le daban superioridad

sobre sus rivales, Asarhaddon le consideró como jefe de ellos, y no tuvo que arrepentirse de haber confiado en él. Taharcu no había aceptado el vencimiento, y en cuanto reclutó tropas frescas, á mediados de 669, tomó de nuevo la ofensiva y entró en Memfis, pero Nechao y los príncipes del Delta hicieron causa común con los asirios contra él. Asarhaddon estaba enfermo de cuidado cuando recibió la noticia, pero en seguida llamó á sus tropas, y antes de partir proclamó á Shamashshumukin rey de Babilonia y á Asurbanabal rey de Asiria y jefe del imperio. Luego se puso en camino hacia Africa, pero al atravesar á Siria, empeoró en su enfermedad y falleció en el año XII de su reinado.

Entonces se verificó casi mecánicamente la escisión de las dos mitades de la monarquía. Asurbanabal mandó á Babilonia la estatua de Bel Marduk que estaba cautiva en Nínive desde los tiempos de Sennaquerib y Shamashshumukin la recibió con gran pompa. El cambio de reino no produjo ninguna insurrección grave. Únicamente al Este, un jefe montañés invadió el distrito de Yamutbal y fué hecho prisionero y deportado con los suyos á Egipto. Entre tanto, Taharcu había sido derrotado y obligado á evacuar á Memfis, y para acabar con él, los asirios resolvieron irle á buscar á Tebas, y hasta Etiopía, si fuera necesario. Llamaron para esto á los contingentes de los reyes sirios, y con los navíos de las poblaciones fenicias subieron el Nilo. Ya habían adelan-



Descubrimiento de una cabeza babilónica llamada de Nemrod.

tado bastante por el Egipto Medio, cuando tuvieron que volver á los nomos de la costa,